

CARMEN CASTILLO

@carmentuitera

Weona,
Tú podi

Motivando por el amor propio

 Planeta

CARMEN CASTILLO

@carmentuitera

Weona,
Tú podi

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Carmen Castillo

Derechos exclusivos de edición

© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8 piso, Providencia,
Santiago de Chile

Fotografía: Francesca Marmié

1ª edición: noviembre de 2019

2ª edición: diciembre de 2019

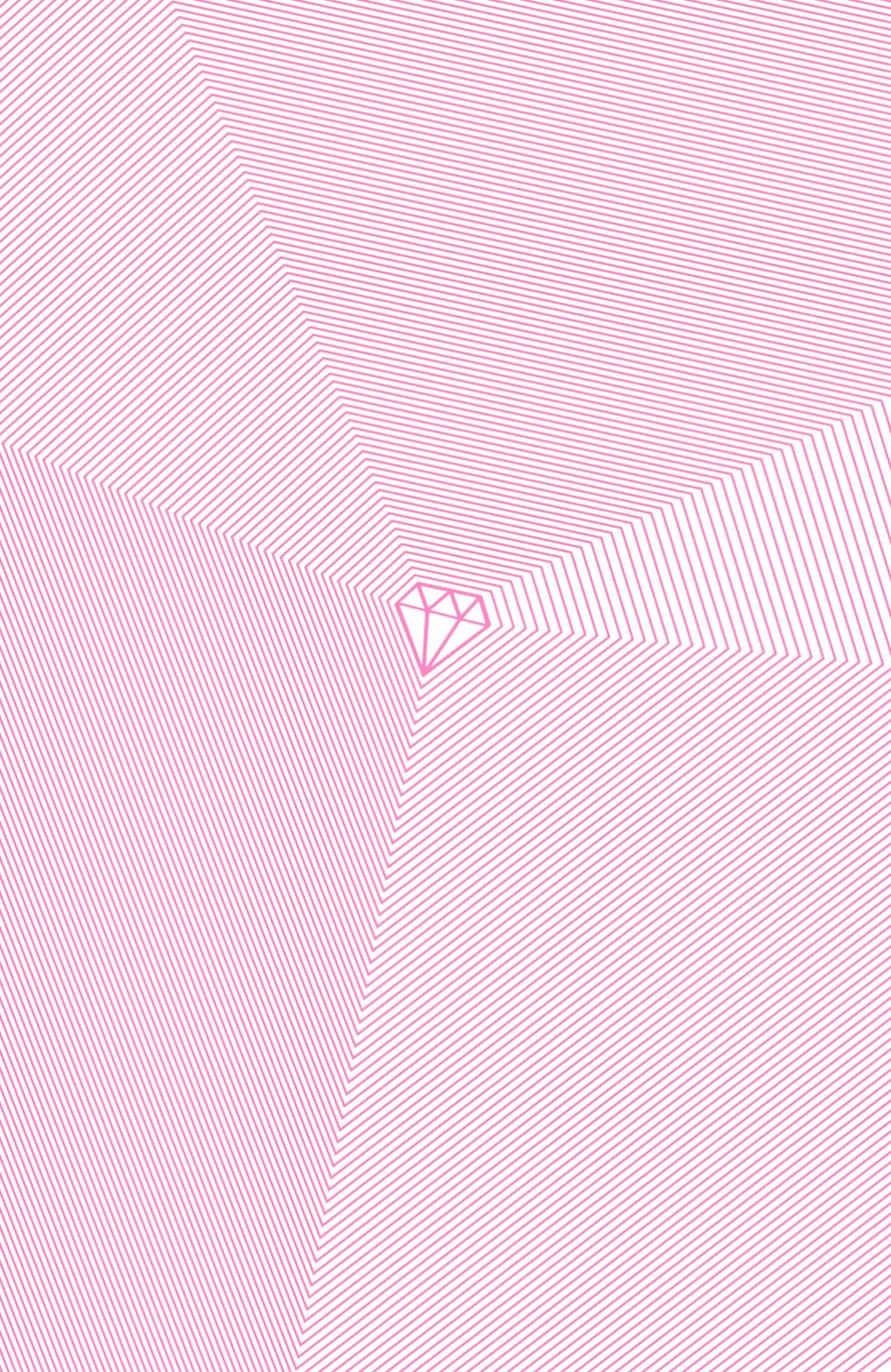
ISBN: 978-956-360-652-2

Impreso en: Salesianos Impresores S.A.



Advertencia

La persona que escribe este libro la ha cagado y la va a seguir cagando (probablemente). Estas líneas no buscan (nunca, jamás) reemplazar otro tipo de ayuda que pueda ser necesaria en el camino del autoconocimiento y amor propio.



Mi futuro en un puntaje

Era un día importante en mi casa. No tanto para mí, pero sí para mis papás. Llegaban los resultados de la PSU y, aunque había bajas expectativas sobre mi persona, sentía la presión desde que desperté. Era EL día, pero me seguían repitiendo que si no era en esta ocasión sería en otra, que no me preocupara, que la vida daba muchas oportunidades. En ese momento, a mis tiernos dieciocho años, creía que la vida era muy corta y, por lo mismo, la PSU no me podía importar menos.

19

Fue en los ensayos de matemáticas donde quedé debiendo puntaje. ¿Sabí qué significa esa weá? Significa que era tan mala para sumar, restar o multiplicar que incluso le quitaba puntos a mi misma prueba (¿te pasó?).

Pobrecita, desde ese momento el sistema ya me anunciaba que iba a ser pequeña y que tenía que

conformarme con los números que ellos me enseñaron que marcarían mi futuro, lo más probable, también pequeño.

Desde las ocho de la mañana, loco, mi mamá me decía: «Revisa, que a lo mejor ya se filtraron los puntajes» (yo no podía estar más ni ahí, pero hacía como que sí). «Carmen, échale una mirada... demás que te equivocaste en la hora» (weón, quería puro dormir, te juro). «Carmen, tranquila, pase lo que pase serás nuestra hija» (sin comentarios).

Ante tanta insistencia, me senté frente al computador. La mano de mi mamá en el hombro izquierdo, la de mi papá en el hombro derecho. Ahí estábamos. Listos para la humillación, pero no importaba, porque, según mi mamá, la vida daba muchas oportunidades.

20

La sorpresa fue cuando en la pantalla aparecieron mis puntajes: 630 en Matemáticas, 660 en Lenguaje y 729 en Historia. No era posible, tenía que haber un error, decían mis papás. No te voy a mentir: yo también creía que esa weá estaba mal. No sabí la lata que me dio ver esos puntajes... para muchos, el mayor logro de sus vidas y un pasaporte a una carrera tradicional y un futuro seguro, pero para mí significaba «esclavizarme» en una universidad, ojalá estatal, estudiando algo que en el futuro «me diera de comer». Claramente, no era eso lo que quería para mi vida.

Mi mamá, todavía incrédula, comenzó a tocarme el pelo y a decirme: «No te ilusiones, revisa bien» (cero fe). Le hice caso, volví a buscar, y sí, esos eran

los resultados con los que yo, la hija mayor (de dos), pasaba oficialmente de ser la oveja negra al orgullo de la familia.

Confirmados los puntajes y superada la sorpresa, inmediatamente comenzaron a caer las proyecciones: «Tienes que estudiar Derecho», «esta niñita nació para Periodismo». Te seré sincera: nada de eso me hacía sentido, y me fui como hacha a Google a buscar: «Carrera de corta duración y rentable». Me puse a revisar las opciones, pero mi familia insistía en que una CARRERA DE VERDAD NO DURA MENOS DE CUATRO AÑOS. ¿De verdad tenía que estudiar tanto para validarme como una persona capaz?

Presionada por mis papás, postulé a Derecho y a Periodismo en la Universidad de Chile; para ellos, eso era lo más. Llamaron a todo el mundo: primos, tíos, abuelos, amigos, etcétera, e hicieron cadenas de oración para que me aceptaran. De pronto, yo, el cachito de la casa, pasaba a ser EL tema, sí, el tema más importante.

21

Si bien yo no compartía el entusiasmo familiar, no los culpo: a mi papá se le inculcó el estudio como un gran logro (y yo también creo que es uno, pero no el único) y, por el lado de mi mamá, mis tatas eran de Cerro Navia; mi tata Tulio era camionero y mi abuela Tere (aún viva para la primera edición de este libro) vendía quesos en su negocio. Era tan rico ir a verlos, me regalaban, comía ene quesos...



Sorry lo dispersa, volviendo al tema: en ese momento el sueño más grande de mis papás era que sus dos hijas estudiaran; de hecho, para eso trabajaban. Entonces, ¿cómo voy a culparlos?

Por el lado de mi papá, mi tata Víctor fue la única persona que consideré parte de mi familia, el mejor tata del mundo, cariñoso y con una paciencia infinita. Gracias a él desarrollé mi gusto por lo artístico; bailaba ballet, tango y cueca mientras él escuchaba su música en el living. Tengo hermosos recuerdos suyos, como cuando me dejaba mojarlo con la manguera, comerme su alcachofa, tomar vino a escondidas cuando tenía seis años (ahora que lo pienso, tal vez esta weá no era muy responsable de su parte, pero me hace amarlo más) o cuando me contaba sus historias y me gritaba bien fuerte: «¡Carmen Andrea!» para llamarme y mostrarme las noticias, porque le encantaba leer. Él nunca me dijo que estudiar era importante ni me puso condiciones sobre cómo tenía que ser; era una persona maravillosa y alguien que marcó mucho quien soy ahora, lo que le agradezco profundamente.

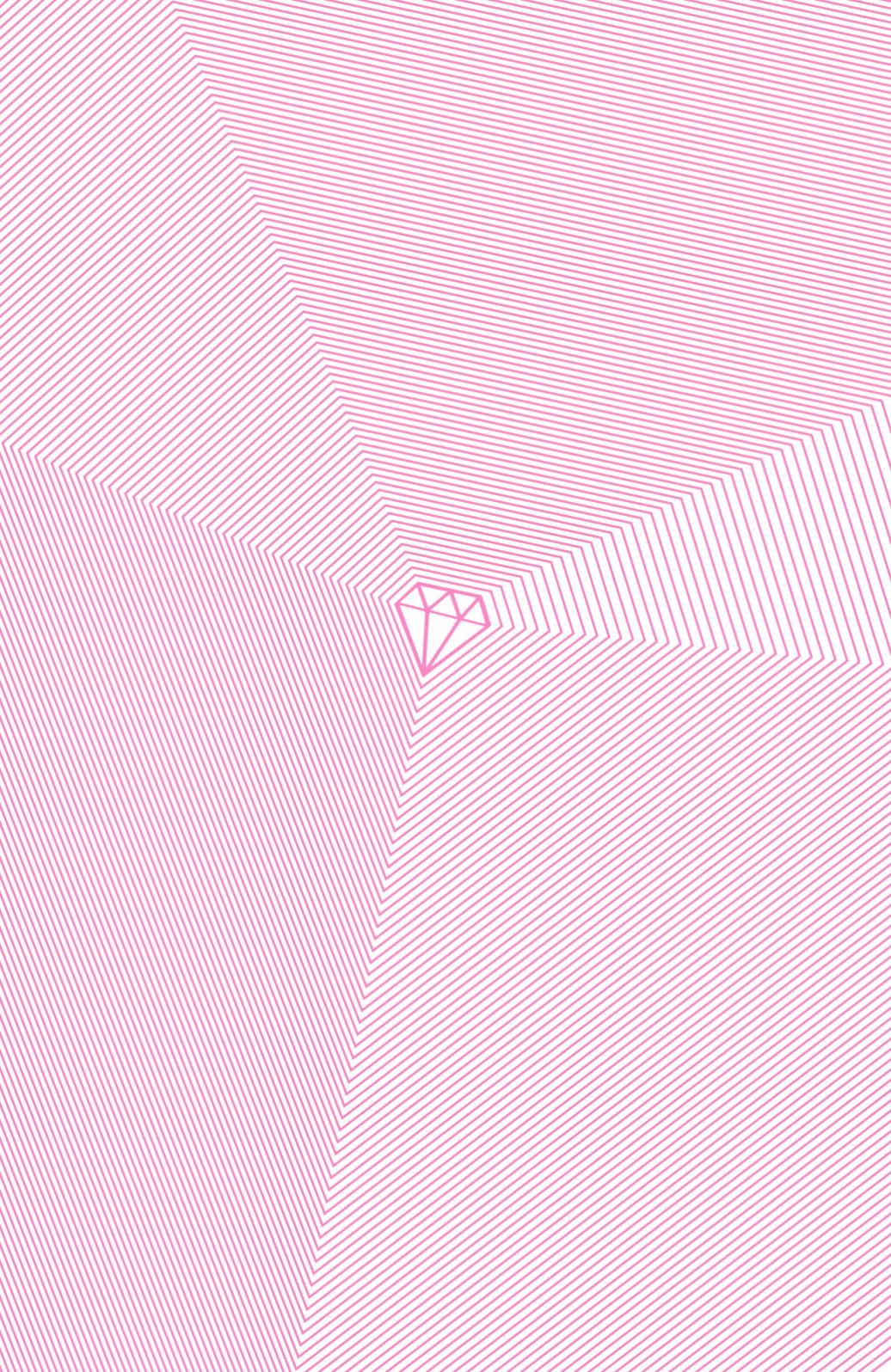
22

Retomando el hilo de la historia, para la mala suerte mía, quedé en Periodismo en esta universidad tradicional. Recuerdo que eran sesenta y seis cupos y yo quedé en el lugar sesenta y cuatro. Al parecer, iba a tener que seguir el camino que ellos me decían. A partir de ahí, todo se dio por sentado: la niñita estudiaría en una universidad tradicional que, además de ser más «barata», tenía prestigio, lo que era una garantía para mi futuro laboral, ¡qué lindo sonaba todo!



De todo se
aprende, se
crece y se
manda a la
chucha

@carmentuitera
#weonatupodi



Primera y segunda carrera fallidas

25

Confesión: No estoy para nada orgullosa de lo que voy a contar a continuación. Pero no por eso lo voy a esconder ni voy a mentir. Siempre con la verdad por delante. ¿Qué pasó? Cuando fui a conocer la universidad, simplemente no me hallé. No me gusta leer ni escribir (ahora quizás un poco más)... Me quedó más que claro que esa carrera no era para mí. Cuando les conté a mis papás quedó la cagada. No hubo ni preguntas, me agarraron de un ala y me inscribieron en Derecho en una universidad privada. A partir de ahí se las voy a hacer corta: era entretenido, pero de nuevo me topé con una montaña de lec-

turas y ese mismo año me cambié a Historia, me cargó, después volví a Derecho y terminé con el decano sentado frente a mí diciéndome: «Señorita Castillo, creo que nuestras esperanzas en usted se terminaron; es una persona inestable que debe encontrar su camino o terminará siendo una más del montón».

Debo reconocerlo: el hombre tenía razón. Estaba perdida, re perdida, buscando lo que todos creían que era correcto para mí, pero que estaba muy lejos de llenarme. Y si seguía así, no iba a llegar a ningún lado.

Soy una persona que no tiene miedo al error, fallo constantemente y seguiré fallando. Pero en ese momento entendí que TENÍA que equivocarme, que era algo necesario. Nunca tuve miedo a decir: «¿Sabís qué? No me gustó esta weá, chao. Me voy de acá, me voy a otro lado». Mirando hacia atrás, no debí tomar las cosas tan a la ligera. Verlo ahora casi como un capricho hace que se me apriete la guata, sobre todo porque hoy, a mis treinta y un años, soy consciente de que no todos tuvieron ni tienen las mismas posibilidades que yo.

Siempre se nos ha enseñado que la vida tiene una serie de pasos: sales del colegio, das la PSU (porque inconscientemente, desde que entras al colegio te están preparando para esta prueba), entras a la universidad, encuentras pega, te compras un auto, te casas y tienes hijos. Entonces una mujer llega a los treinta y cinco y si no tiene hijos, ¡la weá es terrible! Es como si todo estuviera preestructurado.

Pero hoy podemos hablar más fuerte. Aceptemos que muchas mujeres NO quieren ser mamás, que las familias están cambiando, que lo material no tiene por qué definirnos y que el matrimonio ya no es la única opción. Nos obligan a cumplir ciertas exigencias para sentirnos «exitosas». TRAUMAN a quienes creen que es la única forma.

A pesar de haber sacado los puntajes que saqué y de haber quedado donde quedé, ese decano tenía razón en una cosa: yo era una persona inestable para aquellos que creían que el sistema establecido nos hacía un favor.

Pero, así como tenía razón en eso, se equivocó en otra cosa: la esperanza tenía que venir de mí. No de él, ni de mis papás ni del sistema. DE MÍ.

¿Quién dice que hay que seguir la weá como ellos quieren? Hay gente que vive muy frustrada por no romper ese molde. Yo me salí del molde en muchos aspectos y acá estamos: con una entrevista en revista *Paula* en abril de este año y escribiendo un libro con editorial Planeta. Lo que quiero decir es que, si rompes el molde, ¡weona, da lo mismo! Y si eres feliz dentro del molde, ¡la raja también! Jamás he mirado en menos a la gente que estudió, pero no creo que sea la única forma. Es válido tanto hacerlo como no hacerlo, lo importante es que te llene.

27

